

www.elboomeran.com

El Giro de Italia

DINO BUZZATI

TRADUCCIÓN DE DAVID PARADELA LÓPEZ



Título original: DINO BUZZATI AL GIRO D'ITALIA

Primera edición: mayo 2014

© Dino Buzzati

© de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.

© de la traducción: David Paradela López

© del prólogo: Claudio Marabini

© diseño de cubierta: Raúl Fernández

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Los fragmentos de la *Iliada* citados en las páginas 168-169, 171 y 172 están tomados, con alguna modificación, de la traducción de Luis Segalá y Estalella.

ISBN: 978-84-942357-1-9

Impreso en España por Advantia, S. A.

Depósito legal: M-14392-2014

Prólogo

CLAUDIO MARABINI

Nunca he olvidado esa lectura. Corría el año de 1949, yo era un chiquillo y estaba «a favor» de Bartali, aun admirando a Fausto Coppi, y era buen lector, sobre todo de artículos periodísticos. Cuando el *Corriere della Sera* envió a Dino Buzzati a cubrir el Giro, sentí sorpresa y alegría, y bastaron los primeros artículos para darme cuenta de que algo típicamente buzzatiano estaba naciendo y que, como siempre en sus «reportajes», la fantasía desbancaba a la crónica, la engullía y la hacía suya.

De Buzzati se conocían novelas y cuentos: *Bàrnabo de las montañas* (1933), *El secreto del Bosque Viejo* (1935), *El desierto de los tártaros* (1940), *Los siete mensajeros* (1942), además de sus muchos artículos para el *Corriere*, primero como corresponsal de guerra y ahora como enviado especial y columnista. Durante el Giro, enseguida quedó claro que Buzzati estaba componiendo *algo* que, además de *suyo*, era unitario, y que el Giro le brindaba un esquema extraordinariamente adaptable. Sobre el telón de fondo del Giro discurría, con el rostro de la multitud anónima, el pueblo llano de una Italia que todos nosotros, recién terminada la guerra,

reconocíamos en la esperanza de un mañana mejor; el Giro construía una fábula que renacía a diario tras disiparse con la puesta del sol. En primer plano, afloraba la historia de un hombre amenazado por los años, Bartali *el Viejo* —al que en un momento dado aplica el homérico nombre de Héctor—, frente al cual se erigían la estatura y el fulgor del joven Fausto Coppi, Aquiles, destinado a asestar el golpe mortal: a elegir, guiado por el hado, «el momento preciso».

«Bartali, viejo león», escribe Buzzati desde Nápoles, cuando en la subida de Pratola, a cincuenta kilómetros de Salerno, Coppi intenta el desamarre y el Viejo trata de aguantar: «¿Será este el día que, más tarde o más temprano, tiene que llegar? ¿Será esta tu hora suprema, después de la cual vendrá el desplome definitivo de la juventud? [...] En algún momento, bien lo sabes, ese genio misterioso tendrá que abandonarte. En mitad de una carrera, de improviso, te sentirás extrañamente solo: como un rey en la batalla que, al darse la vuelta para impartir las órdenes, no ve ya a su ejército, disuelto en la nada por ensalmo. Ese momento terrible ha de llegar. ¿Pero cuándo? Tú no lo sabes. Y podría ser hoy».

Es el Buzzati de Drogo, el narrador que rompe los límites de la realidad en los confines últimos del Espacio y el Tiempo y que espera el golpe fatal, o la gloria (no importa), del enemigo escondido más allá del horizonte. Desde los primeros artículos, Buzzati apoya sus «reportajes» sobre

una metáfora militar a la que se mantendrá fiel en todo momento: los ciclistas como soldados que marchan hacia un enemigo hecho de lluvia, viento, desniveles y kilómetros sin fin, y tras los cuales operan misteriosamente estados mayores, oficiales y suboficiales que diseñan estrategias, planes tácticos, emboscadas, etcétera. De la guerra emanará una condena; el verdadero enemigo, frente al cual no caben ya ardidés, lo constituyen las altas montañas, los Dolomitas y los Alpes, que se yerguen como un tribunal kafkiano: «Los jueces, es decir, las montañas, están sentados con aire enigmático».

He aquí al Buzzati más *nuestro*; la parábola narrativa del escritor dará un vuelco con la novela *Un amor* (1963), mutarán sus temas y su escritura (aunque el poeta de Drogo nunca llegue a desaparecer del todo), vendrán la pintura y las viñetas, la crítica de arte; pero el Buzzati que a nosotros nos importa (acaso haya un Buzzati para cada generación; a lo mejor cada generación ha tenido y tendrá su «desierto») se encuentra aquí, en esta espera de juicio; y hay que decir también que encaja perfectamente con los años de declive del fascismo y los de la guerra fría, cuando el enemigo era concreto, la amenaza constante, y la espera angustiada y cotidiana.

Este hilo podría llevarnos muy lejos (y nos acercaría también a las raíces del Buzzati político-civil, en el que la crítica no ha indagado mucho). En cuanto a Bartali-Héctor,

el *momento* llegó en el Izoard. A esas alturas, no obstante, personaje y situación formaban ya una única amalgama al borde del abismo, y la situación, como siempre en *este* Buzzati, había absorbido al personaje, convertido en cifra de una operación más alta. Como el «desierto», el Giro se convierte en dimensión espacial, y el Tiempo, verticalmente, erosiona el interior de las cosas. Solo queda esperar. Por lo demás, también el Giro irá a parar a la nada de los hechos ocurridos, ya que, como dice Buzzati, todo termina y pronto «el hombre cae en la cuenta de la fugacidad del tiempo y la brevedad de la vida».

La fábula del Giro también toca otros temas, por supuesto: encontramos, junto a los italianos de la posguerra, la atmósfera de esos tiempos de intensa recuperación moral, el descubrimiento del paisaje y la provincia (véase el cruce de los Apeninos desde Roma a Pésaro), el recuerdo de las ruinas y el luto (en el espléndido capítulo sobre Cassino, en el que los muertos se levantan de la tierra), el contenido patriotismo por Trieste... No olvidemos que el Buzzati periodista tenía un olfato para los hechos y un sentido de la crónica poco comunes, que la crónica alimentó su narrativa de forma constante y que, al final, el periodismo y la narrativa, la crónica y el cuento, los hechos y la fantasía, hallaron en él una conexión tan estrecha que da pie a sospechar de un misterioso favor por parte de las cosas, aisladas milagrosamente para que él las describa.

Bartali-Héctor tiene todo el derecho de figurar al lado de Bàrnabo, Drogo, los «mensajeros» y demás personajes ya nacidos o por nacer. La profesión le brindó una oportunidad de oro, y el escritor la aprovechó con la naturalidad y el candoroso afán (la profesión es también deber) de los niños que viven en armonía con el mundo de sus juegos. Los artículos, redactados tras cada final de etapa —y por lo tanto con el tiempo justo— y posteriormente dictados al periódico, son perfectos y están perfectamente vinculados entre sí. Un cuaderno, por desgracia incompleto, conservado con celo por su esposa, Almerina, nos muestra cómo ya en los primerísimos apuntes, garabateados con grafía incierta, junto con algunos esbozos, a bordo del automóvil (Buzzati viajaba en coche con Ciro Verratti, cronista deportivo del *Corriere d'Informazione*), la fantasía devoraba la realidad, y la novela, o la fábula, se intuía con la sencillez de los hechos naturales: «CUNEO - lluvia - corredores con chaquetas impermeables - entramos en lo profundo del valle - VALLE DE STURA - [sigue un esbozo del valle con tres caracteres caminando] - escampa - lluvia - cada vez más tétrico - llegada otoño - nadie - molestia húmeda [escrito al revés] - ¿se retiran todos? - PIETRAPORZIO - escampa - ARGENTERA - clarea - sol - pueblo destapado - uno escapa (rojo) - otro le pisa talones - escapa Coppi luego Volpi luego dos, luego Bartali [...] - pinos deformes - en lo profundo de garganta continuamos con el ascenso».

Los datos de la crónica son parcos y alusivos, aunque de un rigor escrupuloso. Buzzati no solo la desborda, sino que da la impresión de conocerla de antemano. En efecto, la caída de Héctor-Bartali no solo resulta previsible, sino que se da por descontada, del mismo modo que se da por descontado el declive de todas las cosas en su lucha contra el tiempo. Es como si todo estuviera preparado, a punto para ser transcrito. Pocas veces como en este libro actúa Buzzati como si sus páginas tuvieran que dar voz a algo ya escrito, servir de espejo para *algo* previamente compuesto en una página que ya existe en otro lugar, donde la realidad luce los rasgos definitivos de lo fugaz.